

PALABRAS DE DON ALBERTO BAILLÈRES CON MOTIVO DEL SEPTUAGÉSIMO  
ANIVERSARIO DEL CLUB DE BANQUEROS

Noviembre, 2011

MUY QUERIDOS AMIGOS:

Celebramos con alegría el septuagésimo aniversario de la fundación del Club de Banqueros de México. Quiero agradecer a mi amigo Robert Hernández el honor de invitarme a este pódium en esta señalada ocasión.

Esta noche honramos a sus fundadores, dirigentes y asociados por su visión, compromiso y apoyo para que este club cumpla con sus objetivos.

No pretendo hacer una historia del Club; ya existe una espléndida obra de Luz María Silva, editada por el Club de Banqueros de México en tres volúmenes. Sólo quiero recordar algunos acontecimientos que me son memorables.

La década de los cuarenta fue un importante parteaguas en la vida económica y política del país; había un ánimo renovado y mucho entusiasmo por el futuro de México. Ya se había dejado atrás la Revolución Mexicana y algunas de sus secuelas, la Gran Depresión y el régimen cardenista. El Presidente Manuel Ávila Camacho había sabido recobrar rápidamente la confianza de los inversionistas. En esa década se fundaron muchas instituciones y empresas. El sistema financiero estaba en plena recuperación e iniciaba un gran crecimiento. Había interés de contar con espacio propio y exclusivo para las actividades privadas de las personalidades que dirigían las instituciones financieras del país.

Tras un intento fallido de Don Miguel Macedo, Don Raúl Baillères, mi padre, encabezó el esfuerzo de fundar un club que facilitara la reunión y convivencia de banqueros y empresarios, que ofreciera un espacio idóneo para hacer negocios y que sirviera también de esparcimiento. Insistía en que todas las

ciudades importantes del mundo contaban con ese tipo de instalaciones; ¿por qué no en México?

Mi padre era un gran emprendedor con una férrea voluntad de logro, con gran capacidad persuasiva y con los pies en la tierra, y que deseaba que México estuviera a la par de otros países más desarrollados.

Don Raúl comenzó a pensar dónde ubicarlo. Sabía que Don Luis Montes de Oca, cuando era director general del Banco de México había decidido construir el edificio Guardiola para ubicar las bóvedas en su espacio subterráneo. Don Raúl pensó que esa era la ubicación ideal y consiguió los planos y consideró que los pisos sexto y séptimo del edificio serían estupendos para establecer la sede del Club: frente al Banco de México y muy cercana a las oficinas de bancos y compañías de seguros.

Convenció a Don Eduardo Villaseñor, entonces director general del Banco de México, de rentar esos espacios y de hacer las adecuaciones necesarias para su funcionalidad. La vista era fantástica: al frente La Alameda Central, el Hemiciclo a Juárez y el majestuoso Palacio de Bellas Artes, y a sus costados el fastuoso edificio del Banco de México y la espléndida Iglesia de San Francisco.

Así, el 20 de diciembre de 1941, hace 70 años, se firmaron las escrituras constitutivas del Club de Banqueros. Su ubicación y el entorno eran inigualables. Me imagino que por la afición de mi padre a los metales preciosos, consideró que el resplandor y solidez de los lingotes de oro y plata depositados en el basamento del edificio, donde se ubicaban las bóvedas del Banco de México, serían de buen augurio e inspiración para los socios del Club de Banqueros.

El Club de Banqueros celebró sus cincuenta años en su sede del edificio Guardiola, que lo vio nacer, y permaneció allí hasta 1994, año en que se mudó al inmueble del Antiguo Teatro Colón en las calles de 16 de septiembre, donde nos encontramos esta noche.

La decoración interior del Club requirió del debido cuidado; se buscó la elegancia y distinción. Los muebles fueron diseñados y construidos por el taller de muebles “La Musa”, entonces propiedad de El Palacio de Hierro. Desde sus inicios, como era de esperarse, el Club de Banqueros es “Totalmente Palacio”.

Don Raúl fue nombrado Presidente del Club de Banqueros y continuó en esa función hasta su defunción en 1967. Durante esos 25 años de responsabilidad, más de un tercio de la vida del Club, no estuvo exenta de dificultades de todo tipo. La viabilidad financiera tuvo sus altibajos y en 1957, el sismo dañó severamente la construcción del edificio Guardiola. Todas se superaron. En su función como presidente del Club daba seguimiento a su situación financiera y a la calidad del servicio; frecuentemente visitaba la cocina, los baños y estaba pendiente de la atención.

Don Raúl tenía una mesa apartada, algunos decían que posicionada estratégicamente; podía estar solo o invitar a alguien. En otras ocasiones se sumaba a la Mesa del Seguro ubicada en el bar del sexto piso, acondicionada para 20 comensales. Esta mesa era la más famosa; la frecuentaban los Domínguez, Salvador Ugarte, Ernesto Amescua, Carlos Trouyet, Eloy Vallina, Mario Pani, José de la Mora, Javier Uhthoff, y Carlos Gómez y Gómez, entre otros. La tradición para el pago de la cuenta, a la usanza del seguro, requería pagar la “prima” para sentarse y el último en llegar asumía las “desviaciones de la siniestralidad” y pagaba la diferencia entre la cuenta y las primas aportadas.

Don Raúl también estaba al tanto de la calidad de los alimentos que se servían en el Club como de los buenos hábitos de consumo de cerveza. Si algún comensal pedía Bohemia, lo increpaba diciéndole que si no prefería la Nochebuena y le mandaba unas cajas de Superior a su casa. Cuando don Raúl estaba en el Club sus amigos se cuidaban de sólo pedir la mejor cerveza: la Rubia de Categoría, la Rubia que Todos Quieren, la Superior.

Para la década de los cincuenta, la lista de asociados del Club reunía los nombres más destacados del mundo financiero y empresarial del país. Era el

lugar idóneo para las citas de negocios; allí se pulsaban el acontecer económico y político y la vigorosa pujanza empresarial de México.

Yo lo comencé a frecuentar el Club desde muy joven; al principio como invitado de mi padre. Allí ocurrió una comida que nunca olvidaré porque fue fundamental para el futuro del ITAM. Como ustedes saben, Don Raúl convocó y reunió en 1946 a un grupo de banqueros y empresarios a fundar la Asociación Mexicana de Cultura con el propósito de auspiciar un nuevo instituto de educación superior. A los pocos años, lo abandonaron y se quedó con todas las responsabilidades directivas y financieras. Don Raúl comenzó a considerar algunas opciones, entre las que se encontraban su entrega a los jesuitas, quienes le habían expresado su interés. No estaba convencido; apreciaba la presencia y contribución de una institución privada de educación superior abierta al conocimiento universal sin ataduras de índole religioso o político y que no persiguiera fines de lucro. Como estudiante del último año, estaba convencido de la grandeza del proyecto educativo del ITAM; pensaba que si fuese conducido por sus egresados tendría viabilidad y desarrollo. Se lo dije y me sugirió que invitara a esos exalumnos a comer al Club de Banqueros. Invité a Gustavo Petricioli, a Miguel Mancera y a Plácido Arango. Nos escuchó cuidadosamente pero no expresó su resolución. Un par de meses después nos invitó a participar en la junta de gobierno.

Finalmente quisiera decirles que los setenta años de la vida de un club, como asociación civil, es un acontecimiento social que debe ser celebrado y apreciado; es la manifestación de la fuerza de la iniciativa de los particulares para articular y construir la organización social, al margen pero no en contra de las instituciones del Estado, para lograr propósitos específicos que fortalecen las libertades y dan cauce a las voluntades de servicio.

Todos los aquí presentes tienen anécdotas e historias interesantes que contar de eventos acaecidos en la sede del Club de Banqueros. Este es un club con historia y propósitos que nos llena de orgullo y nostalgia y que hacen de él un lugar entrañable.

Mi mayor aprecio a todos ustedes por su atención y les envío a todos y cada uno de los asociados un abrazo de felicitación por los 70 años de su club, el Club de Banqueros de México.

Gracias.

Alberto Baillères